

**Joaquín Marco y Jordi Gracia (eds.), *La llegada de los bárbaros. La recepción de la literatura hispanoamericana en España, 1960-1981*
Barcelona, Edhasa, 2004, Colección “El Puente”, 1183 páginas.**

El libro editado por Joaquín Marco y Jordi Gracia constituye un ejercicio crítico-documental sobre las manifestaciones públicas de la compleja dinámica de relación con la alteridad. El conjunto de las más de mil páginas que componen *La llegada de los bárbaros* se divide en dos partes: la primera, conformada por estudios críticos abocados a la investigación acerca de las relaciones de la cultura española con la narrativa hispanoamericana, durante aproximadamente dos décadas de la segunda mitad del pasado siglo; la segunda, una antología de textos variados –reseñas, artículos, entrevistas, comentarios, notas, etc.– reunidos y ordenados en torno a un “eje esencial [que] no pivota sobre la literatura hispanoamericana sino sobre la cultura española contemporánea”, es decir, seleccionados en tanto y en cuanto se los considera “predicativos del sujeto que lee, estudia, recibe y escribe” y no como “iluminadores del valor literario y estético de la obra estudiada” (p. 42). Establecidos estos parámetros, la ciclópea antología no recoge sino la mirada española con respecto a aquellos otros, los hispanoamericanos, que fueron, a su vez, un espejo en el que la cultura española examinó sus propias condiciones.

Recordando que los griegos de la época clásica denominaban *bárbaroi* a los pueblos que hablaban otras lenguas, diferentes de la suya, no puede dejar de reconocerse, en el título que encabeza la voluminosa obra editada por Marco y Gracia, cierto matiz irónico, el cual se trasluce, por ejemplo, en las comillas que encierran el término en el desarrollo del texto firmado por el primero y titulado “Entre España y América”, cuyo párrafo inicial aclara que: “No se trata de un trabajo de literatura comparada, puesto que la lengua es común, aunque el medio, la evolución sociohistórica, no lo sea” (p. 19). Vuelve con ello sobre una cuestión respecto de la cual había llamado la atención en 1967, desde las páginas de la revista *Destino*, cuando el lugar de la literatura hispanoamericana en la Península era todavía otro: “Desgraciadamente, en nuestro país, son más conocidos autores de segunda y tercera fila franceses o norteamericanos que autores fundamentales que se expresan en nuestra misma lengua” (p. 111). Pero, como afirma Gracia en una nueva resemantización del término “bárbaro”, esa lengua era también *otra* respecto de la española, era vehículo de “una forma de modernidad histórica, literaria e ideológica que el régimen franquista combatió sin desmayo” (p. 49).

Joaquín Marco introduce al lector en la cuestión sobre la que versa el libro, ilustrando con notas personales el estatuto de la literatura hispanoamericana en España –y, especialmente, Barcelona– desde los tempranos cincuentas hasta la década del noventa. A través del “testimonio vivido” (p. 28), método preferido por el autor a la hora de dar cuenta de la situación de la cultura española bajo el régimen franquista, emergen en las páginas pormenores excepcionales con respecto a un panorama generalmente considerado en términos de un marasmo uniforme. Así, por ejemplo, Marco destaca el autodidactismo mediante el cual la juventud universitaria española se acercó a los títulos de una literatura hispanoamericana cuyo estudio en la academia apenas encontraba lugares marginales; o recuerda la colección popular RTVE –de cuyos títulos se pueden todavía encontrar ejemplares en las librerías– puesta en marcha por Salvat que, en la agonía del régimen –a cuyo Ministerio de Información y Turismo se debió, sin embargo, la iniciativa–, puso al alcance del lector peninsular diversas obras prologadas por autores españoles o hispanoamericanos, como *El astillero* de Juan Carlos Onetti prologado por José Donoso, libro al que pudo entonces acceder por ejemplo, Antonio Muñoz Molina.

Éstas no eran sino algunas de las formas en que la literatura hispanoamericana iba filtrándose por los diferentes circuitos culturales españoles, funcionando como correlato disidente de la propaganda franquista en torno a la “Hispanidad”. Las nuevas obras literarias que la América Hispana ofrecía llevaron consigo una modernidad no sólo literaria sino también ideológica, convirtiéndose en “armas secretas”, tal como las llama Jordi Gracia –con una metáfora de evidente raigambre cortazariana– en su texto introductorio a la primera parte del libro, la cual se compone de tres artículos correspondientes a tres diferentes etapas en la recepción de la literatura hispanoamericana: “De orígenes y celos (1960-1966)” de Jesús Ferrer Solá y Carmen Sanclemente, “La consagración de la vanguardia (1967-1973)” de Dunia Gras Miravet y Pablo Sánchez López, y “Después de la tormenta, 1973-1982” de Jordi Gracia. Las fechas que determinan la tripartición responden a los límites temporales que convencionalmente se han atribuido –a veces, su final se adelanta un año– al llamado “boom” –término cuestionable que Gracia prefiere evitar (p. 43) y al que Marco antepone la construcción “mal llamado” (pp. 19, 39)–, con sus etapas previa y posterior.

Sanclemente y Ferrer Solá examinan las condiciones en las que la literatura hispanoamericana se abrió un espacio en el campo de las letras españolas, la relevancia de los certámenes literarios en los que intervinieron exitosamente sus autores (Premios Biblioteca Breve, Eugenio Nadal, Formentor, etc.) y los efectos de dicha intervención en las percepciones de la literatura española por parte de críticos y escritores peninsulares,

rescatando casos en los que el chovinismo fue vencido por un análisis lúcido de las características y la calidad de las obras que llegaban de la otra orilla del Atlántico.

“La consagración de la vanguardia (1967-1973)” aborda la consecución de prestigio por parte de la obra de los escritores hispanoamericanos en el campo literario español y el papel jugado en tal proceso por las editoriales, con Barcelona como enclave europeo fundamental –y la representante Carmen Balcells y el editor Carlos Barral como principales agentes–, y por la crítica literaria, con las revistas como principal órgano de difusión y de polémica. Finalmente, da tratamiento a las probables causas tras la progresiva disolución del grupo de escritores que componían lo que los autores del estudio llaman “vanguardia” de la narrativa de Hispanoamérica, deteniéndose, particularmente, en la división de criterios originada por el “caso Padilla”.

En “Después de la tormenta, 1973-1982”, Jordi Gracia analiza los efectos del impacto provocado por la irrupción de una literatura hispanoamericana ya canonizada, integrada, que había dado sus epígonos dentro y fuera de España y que al mismo tiempo, se convertía en parte fundamental de la biblioteca de autores españoles actualmente consagrados.

Dos artículos acompañan a los tres anteriores y completan esta primera parte que precede a la antología: “Vender el boom: El discurso de la difusión editorial” de Buckhard Pohl, que emprende una lectura crítica de los peritextos –textos de la contraportada y las solapas– y de las ilustraciones de las portadas de las ediciones españolas de novelas de autores hispanoamericanos, la cual le permite identificar diferentes estrategias editoriales que revelan, a su vez, los diversos puntos de interés de los lectores españoles en su acercamiento a la literatura de Hispanoamérica; y “La censura ante la novela hispanoamericana” de Núria Prats Fons, que presenta y comenta documentos oficiales sobre las mutilaciones y trastrueques que la censura franquista –siguiendo con igual celo las mismas reglas aplicadas para los libros españoles– impuso a novelas hispanoamericanas como *Tres tristes tigres* de Guillermo Cabrera Infante y *La ciudad y los perros* de Mario Vargas Llosa. En el caso de esta última, es particularmente curiosa la orden de sustituir el epíteto “cetáceo”, considerado insultante, por el supuestamente más aceptable “ballena”.

Los textos que componen la antología que constituye la segunda parte del volumen están agrupados según los mismos límites temporales que los de la primera, y están precedidos unas “Páginas preliminares” que corresponden al periodo 1960-1961, entre las cuales cabe destacar, por tratarse del único artículo perteneciente a un autor hispanoamericano entre todos los artículos recogidos en el libro, “Los dos Borges” de Ernesto Sábato (distinto del apartado que, bajo igual título, aparece en el libro *El escritor y sus fantasmas*). Las tres secciones que siguen a los textos preliminares de la segunda parte son: “Invenciones e intenciones de la novela (1962-1966)”, “Benditos bárbaros (1967-1973)”, “Y supimos que eran dioses (1974-1981)”. A lo largo de sus páginas pueden leerse innumerables referencias a la figura y/o la obra de una extensa lista de autores, desde Alejo Carpentier, Miguel Ángel Asturias o Juan Rulfo hasta Haroldo Conti, Manuel Puig o Juan José Saer –rebautizado en el índice onomástico, en una errata que nada quita a su utilidad, “Enrique”.

Los criterios que rigen la antología son aclarados por Jordi Gracia:

Hemos procurado elegir trabajos [...] que permitan adivinar algo más que la mera lectura descriptiva que la España del tiempo hizo de los autores hispanoamericanos [...] La antología debía ser capaz de explicar el papel cultural y literario que ha desempeñado en la España de 1960-1980 (p. 41).

En relación con esto, es oportuno mencionar que entre las firmas de los más de doscientos textos seleccionados por los editores, podemos encontrar nombres como los de Rafael Cansinos-Assens y Guillermo de Torre, así como los de Manuel Vázquez Montalbán, Juan Goytisolo, Luis Antonio de Villena, Juan García Hortelano, Juan José Millás y Carmen Martín Gaité.

Cada una de las piezas que componen la antología ilustra diferentes aspectos del proceso abordado en los estudios críticos de la primera parte y, al mismo tiempo, sirve de base documental y punto de partida para futuras investigaciones. En este sentido, el libro de Joaquín Marco y Jordi Gracia constituye un aporte ineludible en el estudio de la cultura española del último medio siglo, una cultura que, como todas, para construirse necesita (construir) a sus bárbaros.

Federico Gerhardt